

donará; estiguem units, y res del mon podrá cuantre noltros.

Es cuestió de vida ó mort; y ¿á ne qui pot tení axò sense cap mica de cuidado?

MOSSEN JUAN.

EL LIBRO DE LA MUERTE

(CUENTO)

I

Don Federico Montes, catedrático del Instituto de X... tenía en otro tiempo un carácter alegre y expansivo. Casado con una hermosísima joven llamada Elisa, había saboreado el delicioso néctar de la felicidad que en dorada copa le ofrecieran el amor y la juventud. Mas, con razón dijo un sabio que nadie es feliz hasta el fin de su vida. Elisa, la angelical esposa del sabio catedrático, la que formaba todo su encanto, la que le había hecho padre de Carlitos, cayó víctima de la inexorable muerte. Elisa un día abrazó por última vez á D. Federico; puso sus labios helados por el frío de la agonía sobre los de su esposo trémulos de dolor... y espiró pensando en Carlos. El niño estaba dormidito en su cuna y no podía saber el inapreciable tesoro que perdía.

Vaporosos ángeles de flotante cabellera y ojos azules recogieron el alma de la esposa fiel, de la cariñosa madre; batieron sus ténues alas sobre la frente del acongojado viudo... y volaron al cielo.

II

El fallecimiento de Elisa cambió por completo el alegre genio de Don Federico.

Todo el día el catedrático está encerrado en su Biblioteca; apenas sale de su casa si no es para ir al Instituto ó para dar algun paseito por los puntos mas solitarios de las afueras de la ciudad.

En este momento el sabio está examinando con detención un incunable, pues Don Federico es también bibliófilo y se ha gastado un capital comprando libros antiguos, papiros, pergaminos, palimpsestos y códices con hermosas iniciales y caprichosas ministuras. Llevado de sus aficciones, no perdona medio de añadir algun nuevo volúmen á los ya repletos estantes.

III

Está D. Federico notando las excelencias del incunable, cuando entra en la estancia su hijo.

Carlitos tiene ocho años; su rizada cabellera rubia flota sobre sus hombros; son sus ojos grandes y negros; sus mejillas una mezcla de azucenas y rosas, como diría el popular Trueba. Es travieso y vivaracho.

Don Federico se quita los lentes dejándolos sobre el incunable y abraza á su hijo. Al imprimir un beso en la mejilla de Carlos, adivina que ha llorado.

—Dime, hijo mio ¿que has hecho en el colegio? ¿no has sabido las lecciones?

—Si papá; he sabido las lecciones y el tema de frances. Todo bien.

—Pues ¿porqué has llorado?

El niño inclina la cabeza; su rostro toma el matiz de la grana, y no responde.

—Vamos, dí á papá porque hos llorado.

—Un chico me ha pegado.

—¿Porqué?

—Porque hemos reñido.

—¿Porqué habeis reñido?

—El tenía la culpa. Me ha acusado al Sr. Director.

—¿Te ha acusado? ¿y de que? No debe haber sido de nada bueno.

Carlitos no se atreve á responder ni á alzar la vista

del suelo.

—Dí ¿de qué te ha acusado? ¿qué has hecho?

—Nada. Estaba en el jardin con otros chicos, y andaban muchas hormigas haciendo una procesion y llevando granitos de trigo..... y...

—¿Y qué?

—Y nosotros las hemos pisoteado y las hemos matado á casi todas.

—¿Y le parece á V., señor mio, que esto es nada? ¿Es tener buenos sentimientos maltratar á unos animalitos tan laboriosos é indefensos? El otro dia hube tambien de incomodarme contigo porque desplumabas un infeliz pajarillo sin hacer caso de sus lamentos. Si vuelve á pasar cosa semejante, te castigaré rigurosamente y te encerraré en el cuarto oscuro. Auda, vete.

Carlitos sale de la Biblioteca temeroso y con los ojos fijos en el suelo, mientras D. Federico murmura mirando el retrato de Elisa, colocado entre dos estanterías: —¡Esposa mía, ruega por nuestro hijo; vela por él!

IV

Han pasado dos años

Carlitos está agonizando.

Don Federico en el exceso de su pena se ha quejado de Dios y ha maldecido su Providencia.

—¡Dios es un tirano!—ha dicho—¡Dios se complace en hacerme desgraciado! Me arrebató á Elisa en la flor de la juventud. No encontré ya otro carazon que latiera al unísono con el mio; quedé en el mundo en la triste soledad de la viudez... pero entonces Dios aun fué compasivo... Elisa me dejó una prenda de su amor; en Carlitos había cifrado mis esperanzas; y ahora que el capullo está á punto de abrirse y difundir sus aromas por todo el vergel de mi alma... ¡oh Dios! te complaces en tronchar su tallo y matarme de tristeza!

Don Federico, casi desesperado, se sienta en la cabecera de la cama.

Apoya la frente en una mano y toma con la otra el pulso de su hijo para examinar las viltraciones de su vida: ¡cuan débiles son sus pulsaciones! ¡apenas se perciben!

El médico, en el otro lado de la cama permanece en pié y silencioso; en su mirada bien se puede leer un vaticinio que no tardará en cumplirse.

Los blancos rizos de la barba de Don Federico se entretegen con los de la cabellera de Carlos. Dos lágrimas pugnan por desprenderse de los párpados del afligido padre; son las únicas que le quedaron en el alma al llorar la muerte de Elisa.

—¿Porqué lloras, papá?

—No lloro, hijo mio, no lloro.

—Tu estás triste porque me ves enfermo. Si muero iré al cielo. ¿Mamá no está allí? pues, yo quiero ir á verla. Tu siempre dices que ella me quería mucho.

Estas palabras penetran en el corazón del desventurado padre como saetas envenenadas. Siente una mano de hierro que oprime su pecho; su razon se nubla y deja caer sobre la blanca almohada la sudorosa frente junto al pálido rostro de su hijo.

V

—¿Don Federico?

—Adelante.

—Como he sabido las aficciones bibliófilas de V., traigo este libro para que lo examine, pues no dudo querrá V. adquirirlo.

—¡Es un libro colosal! ¡diablos! yo no sé como ha tenido V. suficiente fuerza para llevarlo. Parapetado detrás de él solamente se le vé á V. el sombrero y los guantes. Déjelo V. arrimado á la pared le y veámoslo.

El nuevo personaje apoya el libro en la pared y permanece tapado junto á D. Federico, quien, mientras sa

los lentes del estuche, extrañando la actitud de su interlocutor, le invita á que se desemboze y diga quien es.

—¿Que te diga quien soy? Conóceme pues.—Esclama el misterioso visitante mientras se desemboza y se quita el sombrero.

Don Federico se estremece, deja caer los lentes al suelo y se queda mirando con tal fijeza y espanto al portador del libro que los ojos le salen de sus órbitas; parece un hipnotizado. Su extraordinario terror tiene razón de ser: se halla en presencia de un esqueleto. Es el genio de la Muerte.

—No tengas miedo de mi (dice al bibliófilo la calavera moviendo su desnuda quijada y haciendo brillar cierto resplandor fosfórico en las negras fosas de los ojos). —Vengo á consolarte; *toma y lee*. El libro esta abierto.

Efectivamente; Don Federico vuelve la vista hacia el libro y lo encuentra abierto. El esqueleto se evapora instantáneamente.

Crece el asombro del catedrático cuando vé que en las páginas del libro no hay letras sino verdaderos cuadros con grupos de personas cuyo relieve va aumentando hasta tomar las apariencias del natural. Las figuras alcanzan no solo el relieve, sino tambien el movimiento y la voz.

El catedrático ve un cadalso en medio de una plaza llena de un gentio inmenso. Un hombre se sienta en el ignominioso bsnquillo... ¡cielos!... aquel hombre tiene el cabello rubio, los ojos negros, sus facciones son las de Carlos aunque acentuadas por la edad. El ministro de la justicia lee la sentencia de muerte fulminada contra Carlos Montes violador y asesino. Ya no hay duda: el que se sienta en el banquillo es el hijo de D. Federico.

Este palidece horriblemente; mientras tanto aquellas figuras van menguando en relieve y hundiéndose en las páginas del libro de la Muerte.

El catedrático vuelve una hoja del grande *infolio*; un ansia terrible devora su alma, y su cuerpo se agita convulsivamente.

En esta otra página pasa lo que en la anterior: Los objetos y los personajes toman los caracteres de la realidad.

Don Federico ve un grupo de figuras entre nacaradas nubes y vivísimos resplandores... ¡oh, cuánta alegría! rodeada de espíritus luminosos y de ángeles que le forman un dosel con sus alas de oro y plata, contempla á su querida esposa, radiante de gloria y de hermosura. Si, es ella; es Elisa que acaricia á Carlitos, que besa con ternura al hijo de sus entrañas.....

De pronto unos martillazos hacen volver á Don Federico de su desmayo.

VI

Aquellos martillazos resonaron en el carazon del desventurado padre.

Era el vecino carpintero que hacía el ataud de Carlos.

Don Federico abrazó á su hijo.

Carlitos estaba frío.

Había espirado.

VII

En el cementerio de X... va muchas tardes un anciano que lleva en su rostro impresas las huellas del más profundo dolor.

Se para delante de un panteon coronado por una estatua de marmol blanco.

Esta figura se apoya sobre un áncora: es la Esperanza.

En la lápida del monumento se leen estos nombres:

«Elisa» «Carlos»

El anciano se arrodilla.

¡Es Don Federico que acata la voluntad de Dios!

Noviembre 1885.

J. POMAR.

A M A R I A

Inmortalidad

Pronto del árbol las frondosas ramas,
sin flores y sin hojas,
no darán al viagero fatigado,
la apetecida sombra!

Pronto del lago se helaran las aguas,
blanca estará la loma,
y blanca del collado y de la vega
la pintoresca alfombra!...

Morirá la matéria; de los mundos
se romperan las órbitas,
y flotando al acaso, irán sus átomos
por la celeste bóveda!...

Mas ¡ay! el alma que en mi pecho alienta,
ni muere ni se agota
por más que de la cárcel que la oprime
los círculos se rompan!

Ella verá caer las altas torres
y la marmorea roca;

ella verá apagarse de los astros
la luz deslumbradora.

No dejes, Madre mía, que la pobre,
desventurada y sola,
cruce por los senderos de esta vida
tan lúgubre y tan corta.

Cógela de tu mano cuando toque
las puertas de la otra,
que de espanto se vé sobrecogida
como la triste tórtola.

No la dejes perdida en ese abismo
de misterios y sombras,

donde sólo hay eternas dos palabras:
«El Infierno y la Gloria.»

M. J.

ES CUATRE MOTS DE LA VERITAT

Cuant llegirem qu' es nou Batle prenía sa vara, no per á juguetetarhí com ho fan amb es bastó es gomosos des passetx, sinó per á romperla si á ma ve, demunt sa primera clòsea qu' entorpís sa bona marxa de s' administració del comú, heu prenguerem com á títol de novela del género *menut*: *molt de renou, pochs caragòls*; però quant hem vist que *pruebas son amores*.... en sa cuestió des carnicé, no 'm pogut menos d' exclamá: ¡Axó es un bon batle!

Es fet concret, y conegut de tothom, es el sigüent:

Vist s' abús qu' alguns carnicés van robant des pès als compradors, ordoná el Señor Losada que fos clavat á sa taula dels infractors un lletrero ó cartell que digués: *multado por falta de peso*.

Efectivament ja hi ha un cartell enjirgolat y... ¡guarda dimoni! ¡s' hi están alerta els altres carnicés! cap d' ells vòl du sataca; porque ningú vol pareixe larg d' ungles.

Aquest sistema de repressió, si no s' *empegunta* de políticas, es molt genial, y á ma de doná bons resultats.

Lo qu' importa que qui la fa la pag', sía des coló que sía. Sense parts ni cuarts, es governá's fa penós, però es hermós.

En dí qu' aquest nou sistema está molt á n' es nostre gust (y axó que som prims de pèl, y que no tot mos entra pe s' uy dret) estaría cumplida sa nostra missió de

peiodistes; però noltros tractám d' aná mes lluny, seguint es camí trassat p' el Señor Batle.

Noltros (y cònsti que no gastam gafes) veim molts de defectes remediabls amb un tros de *porcelana*, de *cartò*, ó de *lleña corcada* y tot: un ròtul, un cartell un... *llamp forcat* y *criat* que dugués *lletres d' empagahiment*. Y n' hi heuria prou.

Anem á contes:

Una criada, *feèl* als seus amos, va tots als dies á Plassa; dona conta cèntim per cèntim á sa señoira, amb una peraula: no *sisá*; però s' enten amb es carnicé. Aquest fa *callet* á sa *balansa*; ella fa uys grossos y... es dissapte ó es diumenje estreñ, d' *uys cluchs*, una *propina* que puja casi tant com es való de sa carn que se nes duita durant sa semana.

Rès: un *desprendiment* generós des carnicé; una *xeripa* pe sa criada!

Tal manera de soborná mareix, Señor Batle, un tròs de cartolina.

Un cartell, aficat á s' esquena de sa criada, que digués:

«*Porque está á partir un piñón con el carnicero.*»

¡Sería d' efecte!

¡Y cuantes n' hi heuria de rotulades!

A nes celadós de queviures que fan *parts* y *cuarts* ó son *sorts* de nás ó pateixen de miopía; ó que no saben, ó no volen saber ni sa carn ó es peix es fresch; ó si ha 'stat vuit dies amb *adobo* dins ses *jiladores* de ca 'n Maneu, y... altres herbes...; los clavariem un ròtul, en forma de condecoració, que digués, «*Por el sello con que cumple su oficio de celador.*»

Y, ja n' hi heuria de.....

Als municipals que d' ivèrn sercan *radòs* dins ses tavernetes, ó les han ab ses *atlotetes*, en lloch de encalsá ets atlots..... los pintieriem un lletrero, ab lletres de caracte grós. que diría: ¡*Carabina de Ambrós!*

Un cartell aficat á nes moño de ses *rifadores de barrio* que digués: «*Manos limpias como las de un carbonero*» sería doná un pas de primera dins sa moralissació urbana.

A n' aquells tavernés qu', ab fum d' estampa y esperit d' industria, *mandufen* un such negre al cual donen es nòm de vi, y qu' en realitat no 's mes qu' un *veneno* que mata á pòch á pòch, los clavariem á sa salapa de s' americana un cartell, en forma d' escarapel-la, que s' hi llegís: *Un destripadó.*

Dos botifarrons crusats á manera de X penjariem p' es coll de qualque *fabricanta* d' embutits, y..... tothom sabría es significat de tan original *cartell*.

Amb pintá d' *omangre* ses seyes des xocolatés que compren en gròs aquest género de Drogaria, es públich sabría ahont ha de na á provehirse per á du es ventre trempat com uns òrgues.

—No hi sobrería tampoch un cartellet á qualque..... y á qualcún... ¡però. germenets, acabem, porque sinó, hey v' have mes *cartells* que..... Palma variaría de nom: ¡*la Cartallona*» es diría!

Vatx á dir s' última peraula; porque, de fermé mes largarut..... ¡qui sab, si també me 'n tocaría un tròs de *cartolina!*

Ala-idó: punt en boca, que axí no hi ha perill de qu' hey entrin mosques...

No obstant, jò *fería es tró* si no hi acabás de dirhi es derré mot. ¿Qu' heu dig? Ya vessa.

Señor Batle, el que suscriu, atentament la demana que no s' aturi de fe clavá *cartells*; però tenga Vostè en conte qu' el bon cavallé... cau; y que Batles tant Batles com Vostè... han fet *alcaldades*.

Sería de pessim efecte qu' es *públich*, qu' es una mala bestia, (perque es el poble soberano) qualque día hagués de dí: un cartell p' el Señor *Ancalde!!!*

BRAULIO.

ENVINAGRAT Y RONXETES

Dilluns passat, amb motiu de s' entrada de Batle nou, feren una serenada devant *La Peña*, de Inca, y, segons mos diu es nostro corresponsal, tocaren y retocaren sa *marxa de Riego*.

Si d' avuy á demá hey hagués un avalot, tal vegada tocarán la *marcha de las antorchas* devant es *Matadero*; per variar de marxa.

Se diu que á molts de pobles també tocan marxas for-sades, en mostra de dol y d' alegría segons surten ó entran els membres dels respectius Ajuntaments. ¡Axò es un gust veure á tots els mallorquins en marxa... p' es camí de s' orde de sa pau, de sa bona administració, de de sa legalitat y de sa ditxa general! Bé es vé que á Palma, sa capital, los donam ecsemple. ¡Y ara comensam!

MALLORCA

REVISTA DOMINICAL BILINGUE
con censura eclesidstica

Este semanario tiene por objeto difundir lectura sana en forma amena y al alcance de todas las inteligencias.

Se reparte los sábados, y contiene ordinariamente cuatro páginas de texto; pero cuando los recursos de su Administración lo permiten, suele publicar números de á ocho páginas, suplementos para los suscriptores, ó aumenta la tirada y en este caso el exceso

Se distribuye gratuitamente

Se sufragan los gastos materiales de esta publicación (cuyos editores, redactores y administradores nada cobran y son los primeros que pagan) por medió de suscripciones desde

25 cénts. de peseta mensuales en adelante.

pagaderos por trimestres anticipados.

Por 25 cénts. se sirve semanalmente un ejemplar del MALLORCA.

Por 50 cénts. cinco, por una peseta diez, y así sucesivamente.

Por consiguiente, á prorrato entre cinco personas, cuesta la suscripción

10 CÉNTS. DE PESETA AL MES

y pagan por cada ejemplar de á cuatro páginas

MENOS DE 2 CÉNTIMOS DE PESETA

ADMINISTRACIÓN:—Plaza de Santa Eulalia, 2, Librería

ANUNCI

Cada cosa en son temps... y en s' estiu cigales.

Ara qu' estam demunt *Tots Sants* y els *Morts*, s' antiga y acreditada *Cerería des Carré ample de la Mercè* ofereix als seus parroquians: atxes, ciris grossos y petits, candeles y estadals; economía per llarch, género bò y barato, tot cera sense *mectáfera* y per afagitó: esmerat servici y... bona cara.

Anauhí; allá hey trobareu lo que cercau; y tendreganes de tornarhí.

Carré de la Mercè núm. 45, Palma.